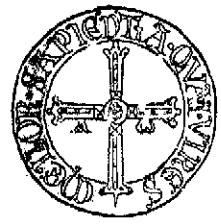
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE OVIEDO

BOLETIN

DEL

INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS



OVIEDO, DICIEMBRE 1949

SUMARIO

Páginas

Notas para el estudio de la obra de Armando Palacio Valdés, por José María Roca.... 3

Las Brañas.—Contribución a la historia de las construcciones circulares en la zona astur-galaico-portuguesa, por *Fritz Krüger*, traducción del alemán de *Carmen Guerra San Martín y Juana María Casielles*..... 41

El Doctor Casal, figura ilustre de la ciencia asturiana, por *Lucas Rodríguez Pire*..... 101

El Doctor Gaspar Casal y su magnífica obra, por *Evilasio Antolín Peña* 111

Castro de la Escrita o de Riu de Castro-Boal, por *José M.ª Fernández Buelta*. 121

Indice de obras publicadas por el I. D. E. A..... 129

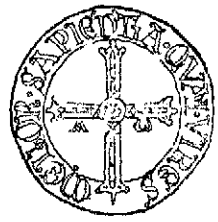
Cartulario del Monasterio de Cornellana, Ficheros, por *Antonio C. Floriano*, (continuación y fin)..... I

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE OVIEDO

BOLETIN

DEL

INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS



OVIEDO, DICIEMBRE 1949

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

AÑO III OVIEDO - DICIEMBRE 1949 N.º VIII

NOTAS PARA EL ESTUDIO DE LA OBRA DE ARMANDO PALACIO VALDES

POR

JOSE MARIA ROCA

CATEDRATICO

No me propongo en el presente trabajo hacer un estudio total de la obra de Palacio Valdés, sino aportar unos datos, señalar algunas características del ilustre novelista asturiano, susceptibles de ampliación, no apuntadas por la Crítica, y que ayuden a comprender la personalidad del autor de LOS MAJOS DE CADIZ.

Confieso ingenuamente que, a pesar de que se me pueda tachar de infantil, la novela de Palacio Valdés, toda si exceptúo LA ESPUMA y algún detalle o expresión de alguna otra novela, me gusta, y mucho. No quiero entrar en un diálogo que podría ser interpretado por dos interlocutores: el corazón y la mente. Mi juicio es puramente impresionista, podría añadir apasionado. No quiero pararme a meditar por qué me gusta la novela de Palacio Valdés, si es por el equilibrio que guarda entre la descripción y la acción, a mi juicio verdadera clave de la novela; si es por el natural y espontáneo buen humor que destilan todas sus obras; si es por el garbo con que describe los tipos, especialmente los feme-

ninos; si es por la delicadeza con que traza los rasgos sentimentales o por el sano humorismo que arranca limpias sonrisas sin dejos de amargura; si es por la bondad paternal que se manifiesta en todos sus consejos; si es por la ironía con que observa y hasta disculpa las naturales flaquezas humanas, que cubre con una sonrisa indulgente cuanto pasa por su mundo artístico, y que sólo es patrimonio de las almas que han sufrido o han amado mucho; si es por la sencillez de estilo, que sin rebuscamientos ni flores de agostada retórica sabe llegar al corazón, y parece tan fácil y llano, que creemos que todos somos capaces de escribir las mismas novelas. No sé por qué me gusta y me ha gustado siempre la novela de Palacio Valdés, desde que leí la primera, que fué LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT. Sólo sé que me gusta. Y si una de las finalidades de la novela es lograr la diversión de los lectores, poetizar lo prosaico de la vida, no cabe duda que las novelas de Palacio Valdés lo consiguen plenamente. Pero esta poetización no se entienda en el sentido de hacer tabla rasa de todos los valores reales; no se entienda como una huída de la realidad circundante; es una inmersión completa en la trama de la vida para saber eliminar de ella lo que tenga de bajo y de repugnante; es un remontarse a las esferas de la luz para enfrentarse con ella cara a cara, sin prejuicios; ver la realidad desnuda, pero poetizándola, señalando el mejor camino, no para huir de ella, ya que esto es imposible, sino para elevarnos por encima, para sentirnos superiores, por la conciencia de un principio inmutable, eterno e infinito, a lo limitado, transitorio y efímero.

Verdad es que no todas las páginas ni todas las ideas del novelista asturiano están a la misma altura, pero, como muy bien dice aquel jocundo Juan Ruíz, Arcipreste de Hita, *siendo humanal cosa el pecar*, no nos rasguemos las vestiduras, si a través de ciertas frases y de algunas embozadas confesiones, se nos antoja ver uno de los pecados capitales, la soberbia, disfrazada comunmente con su antídoto la humildad. Si es cierto el refrán: «Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces», Palacio Valdés blasona de

humilde y de indiferente con la crítica. Cómo interpretar juicios como los siguientes?

> «Nuestra sociedad está hecha de una materia tan fluída, que los cerebros llenos se van al fondo. Sólo pueden flotar los huecos».
>
> «Por qué enfadarse cuando observamos la reputación inmerecida de un artista o de un escritor? Hay que comprender que la mayoría de los hombres es reata. Basta que un burro suene un cencerro para que los demás marchen detrás» (1).

Nos dará la clave cuando en su obra póstuma ALBUM DE UN VIEJO, en el epígrafe «El Esnobismo», escribe:

> «En todas partes los hombres se esfuerzan en aparecer lo que no son. Cuando un sujeto os habla de su honradez, llevad la mano al bolsillo».

Pongo punto final a este *apasionado* prólogo para entrar en la exposición de algunos aspectos de la obra de Palacio Valdés.

EL JUSTO MEDIO

El año 1941, publicó Rafael Narbona un estudio crítico sobre Palacio Valdés, titulado PALACIO VALDES O LA ARMONIA (2). Es obra de un admirador a ultranza. Según el Sr. Narbona, la armonía, la proporcionalidad, el «justo medio», del que se declara repetidamente devoto el novelista, es su cualidad esencial. Lo vulgar le disgusta por lo que tiene de estridente, por las aristas, por no saber guardar «el justo medio» (3):

> «Pero sobre todas las cosas de este mundo, el hombre adocenado odia la medida. Nada le enfurece tanto como ver una obra proporcionada y armónica. Al que la produce dipútale desde luego por artista apocado y enclenque. Componer obras monstruosas, emitir ideas estupendas, no dejar jamás algo que sea completamente nuevo, inaudito, aunque sea un desatino; tal es el secreto para sujetarle» (4).

Esta posición de equilibrio, este justo medio, vamos a analizarlo desde diversos puntos de vista.

A) *El sentimiento del paisaje.*—Hasta qué punto la novela debe ser una forma narrativa con absoluto predominio de la acción, relato de hechos y análisis de sentimientos, novela que, como dice Unamuno, suprima «lo que en la dramaturgia se llama acotaciones»? Cuestión en ésta sobre la que la Crítica no ha pronunciado, ni creemos que llegue a pronunciar la última palabra. Mientras que para unos la novela debe ser esencialmente acción, desarrollo de la vida o análisis de las ideas, presentación de casos psicológicos, sin descripciones paisistas por considerarlas como trabas al libre y rápido desarrollo de la aventura, único fin que debe perseguir el novelista para satisfacer la natural avidez del lector; para otros, los elementos descriptivos, el enmarcar la acción en paisajes apropiados al estado de ánimo que tienen o que se pretende despertar en los personajes de la obra, es algo esencial a la labor del novelista. El paisaje viene a ser—dicen—como un oasis en medio del desierto tormentoso que agita el alma del héroe de la novela. El lector se ve interrumpido por unos momentos en su atención; el novelista le ve fatigado por la continua tensión a que le obliga el protagonista, y hábil conocedor del corazón humano, le sale al paso, le ofrece un alto en su camino, le presenta en vaso de agua, que, cree, le servirá para reanudar con mayor fuerza el camino momentáneamente interrumpido. Los partidarios de esta tesis suelen estar en la acera de enfrente: la descripción ahoga el tema; son simples pintores de paisajes a los que suele faltar la figura humana para darles vida.

En este punto concreto, como en tantas otras polémicas literarias, creo que la razón está en el justo medio; aparte de que hay temas que para su desarrollo no exigen la descripción paisista, hay otros en que ésta se hace imprescindible. Ni acción excesiva que pueda dar sensación de sequedad, ni descripción superabundante que se nos antoje relleno y perjudique el desenvolvimiento del relato. Si el escritor paisista es hábil nunca darán sus descripciones

la impresión de *relleno;* sabrá graduarlas de tal forma que se nos antojarán parte esencial del relato y una valiosa explicación del estado anímico de los personajes. La descripción como elemento integrante de la novela, como algo necesario para comprender las acciones y pasiones de los personajes, muestra la habilidad y recursos de un novelista. Si lo logra no debe temer, como temía Unamuno, que el lector se halle «muy propenso a saltar las descripciones de paisajes por muy hermosas que en sí sean» (5).

Si analizamos la técnica de tres novelistas norteños: Pereda, Unamuno y Palacio Valdés, vemos tres procedimientos distintos. (Nos referimos al punto concreto del paisaje en la novela). A la excesiva descripción paisista del escritor santanderino, contrapone Unamuno la ausencia absoluta de paisaje y esto no obedece a incapacidad estética para sentirlo, ya que Unamuno es uno de los escritores modernos que más intensamente ha sentido y con mayor emoción ha descrito el paisaje, sino por el concepto que tiene de la novela: cree que la descripción paisista entorpece la acción del relato (6).

Mientras que en muchas novelas de Pereda lo descriptivo, pese a ser un paisajista admirable, ahoga la acción, como en PEÑAS ARRIBA, Unamuno descarga la novela de elementos que juzga accesorios, y agrupa lo descriptivo en obras especiales, como POR TIERRAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL, DE MI PAIS, ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS.

Punto medio entre ambas tendencias representa Palacio Valdés. Su característica esencial es el equilibrio entre la acción y la descripción. El paisaje en el novelista asturiano sirve para explicar lógicamente la acción de los personajes, ya que, como dice en una de sus últimas obras, «las descripciones sólo se justifican cuando sirven para descubrir el lazo misterioso entre el ser humano y el ambiente, o para determinar la impresión que en un momento dado ejerce la naturaleza sobre el personaje. No hay regla para fijar cuando hacen falta y cuando huelgan. El novelista que merece el

nombre de tal, pocas veces se equivoca: se deja guiar por su instinto y marcha seguro» (7).

Pero este equilibrio no se observa sólo en las descripciones paisistas, es algo íntimamente sentido y profesado por el novelista, y sobre lo cual insiste repetidas veces. (8) En este sentido son interesantes las palabras dirigidas a su hijo al dedicarle las OBRAS COMPLETAS, y que figuran al frente del primer volumen, «El idilio de un enfermo»:

> «La medida no es sólo la esencia del arte, sino que lo es también del mundo entero, como afirmaba Pitágoras. Tanto vivo persuadido de ello, que juzgo locura, como Horacio, hasta el exceso en la virtud»,

y en otro lugar de la misma *dedicatoria*, afirma que, la causa de su poca popularidad entre el vulgo, se debe, precisamente, a su sentido de la medida:

> «Los que como yo aborrecen lo excesivo no alcanzarán jamás sus favores».

Como comprobación de lo que acabamos de decir, examinemos una de las primeras novelas que salieron de su pluma; una de las más endebles, y que por el medio rural en que se desarrolla se presta a la descripción paisista. Me refiero a EL IDILIO DE UN ENFERMO, aparecida en el año 1884, en plena efervescencia de la moda naturalista, y de la que Clarín, a pesar de la sincera amistad que según Andrés González Blanco, profesó siempre a Palacio Valdés (9), hizo una crítica harto dura, muy distinta de las que, prescindiendo de la calidad de las obras que juzgaba, dedicaba a los verdaderos amigos (10).

Pues bien, en esta novela, a pesar de la abundancia de descripción paisista, no resulta esta ni excesivamente minuciosa ni supérflua; no obedece a un prurito del novelista por mostrarnos sus habilidades pictóricas. Se detiene en la descripción del paisaje que se ofrece a la vista del protagonista Andrés Heredia al despertar el primer día de su estancia en la pequeña aldea de Riofrío. El paisaje se vitaliza, pasa a ser un personaje más de la novela; el ambien-

Siguiente

te, la naturaleza se reviste de carne y hueso e influye en la psicología y biología del joven Andrés, más de lo que pueden influir su tío, el viejo sacerdote D. Fermín o la enamorada y montaraz Rosa. El paisaje turba deliciosamente al joven, como le puede turbar la vista de una moza inocente y bella, o de otra pletórica de vida y de ubérrimas formas. El héroe se halla en plena naturaleza:

> «Experimentó una turbación deliciosa al poner la planta en aquel recinto. El olor acre y penetrante de la selva, cargado de emanaciones balsámicas, producto del sudor de los árboles y la tierra, le embriagó dulcemente. La infinita diversidad de luces y sombras que bailaban sin cesar, al contraste de los varios matices del verde, desde el negro profundo hasta el dorado, le ofuscaron. Se sentó, mejor dicho, se dejó caer sobre el césped, y acometido a la vez por la admiración, el temor, el bienestar y la sorpresa, giró la vista en torno contemplando el templo sublime de la Naturaleza. No osaba mover un dedo siquiera, por no turbar la majestad silenciosa y la paz de sus naves. Olvidóse en un punto de toda su vida, de sus placeres como de sus dolores; creyó nacer de nuevo en otras regiones más altas, más puras, más felices. Aquellos árboles, llenos de vigor, henchidos de salud y de fuerza, le seducían; su inmovilidad augusta, el recogimiento de sus copas, le causaban una sensación melancólica; la fortaleza de sus enormes brazos, que se extendían por el espacio firmes y pederosos, repletos de savia, le infundían respeto y envidia. El bosque todo se ofrecía con vida desordenada y exuberante, con el brío y la soberbia de la juventud: ningún árbol carcomido, ninguna planta marchita; todo viril, todo sano, todo fuerte. Jamás la flaca naturaleza de nuestro joven se sintió tan humillada. Junto a aquellos atletas crasos y pletóricos que ostentaban su musculatura sosteniendo sin esfuerzo la enorme masa de sus copas, sintióse tan pobre, tan pequeño, que se asombraba de vivir.

Mas esta humillación, lejos de causarle pena, parecía regenerarle. Una alegría extraña penetraba en su corazón y se esparcía por todo su ser, inundándole de tal suerte, que le causaba congoja. Era una alegría que le apretaba la garganta y le refrescaba la sangre. Nunca experimentara sensación de placer tan puro, ni un sentimiento tan profundo de la belleza. Por primera vez, ¡él, que había escrito tantos millares de versos!, vió cara a cara la poesía; el corazón se lo dijo claramente» (11).

Esta identificación del paisaje con los personajes, no siempre se logra tan perfectamente como en el fragmento que acabo de transcribir. Ejemplos análogos se dan en JOSE, LA ALDEA PERDIDA, y en menor escala, en MARTA Y MARIA, LA HERMANA SAN SULPICIO, y alguna más.

En más de una ocasión, por seguir el gusto dominante en la época, desciende a descripciones minuciosas y a detalles y frases de mal gusto, pero pronto vuelve a su camino del «justo medio», que, creo, nos da la clave de las dos épocas, que para mi se pueden señalar en la novela de Palacio Valdés, y que constituyen el segundo punto de vista bajo el cual analizo la obra del ilustre novelista asturiano.

B) *Las dos épocas de la novela de Palacio Valdés.* Si no siempre puede hablarse con fundamento real de la existencia de dos épocas distintas en técnica y en ideología en las obras de algunos escritores, como se ha hecho con Góngora y con un reducido grupo de los que señalan la transición del Neo-clasicismo al Romanticismo, como Martínez de la Rosa y el duque de Rivas, me parece indudable que la existencia de dos épocas distintas puede señalarse perfectamente en la obra de Palacio Valdés; épocas que si no presentan un cambio importante en el orden estilístico, sí lo señalan en el ideológico (12), al que dedicaré especial atención en el presente trabajo.

A la primera época pertenecen novelas como EL SEÑORITO OCTAVIO, MARTA Y MARIA, MAXIMINA, LA ESPUMA, LA

FE, EL MAESTRANTE, y algunas más. La segunda época está integrada por las novelas de fecha posterior a la publicación de LOS MAJOS DE CADIZ, y entre las que destacan LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT, LA ALDEA PERDIDA, TRISTAN O EL PESIMISMO, LA HIJA DE NATALIA, (13) SANTA ROGELIA, LOS CARMENES DE GRANADA, etc.

En MARTA Y MARIA y LA FE, a pesar de las declaraciones *a posteriori* que inserta, se nos revela al escritor de convicciones religiosas poco firmes, a buen seguro más por desconocimiento que por malicia, y de un concepto moral muy poco elevado. Se ironiza con exceso sobre motivos religiosos; se interpretan de manera harto original fenómenos místicos o pseudo-místicos. La tesis que defiende en MARTA Y MARIA: el influjo que ejercen las lecturas en el carácter y en la vida de una persona, puede ser falsa y verdadera a la vez. Y a pesar de las constantes protestas de realismo:

> «Cierta historia no hace muchos años acaecida y que yo tuve ocasión de conocer, me vino a la memoria y al punto me acometió el deseo de escribir una novela... Aunque perezca mi gloria de inventor, todos los hechos fundamentales de esta novela se han efectuado» (14),

y de las protestas de ecuanimidad e independencia:

> «Sean las que fueren mis simpatías, he tratado de subordinarlas siempre a la verdad y al profundo respeto que me merecen todos los nobles sentimientos y todas las creencias honradas» (15)

la figura de la protagonista se me antoja irreal y falsa. Los defectos de MARTA Y MARIA se abultan considerablente en LA FE, la más discutida de las novelas de Palacio Valdés (16), y una de las que mayor éxito han obtenido en países de gran masa protestante como Inglaterra y los Estados Unidos.

Sería interesante hacer un estudio de los tipos de sacerdotes que aparecen en las novelas de Palacio Valdés escritas hasta el año 1896, en el que publica LOS MAJOS DE CADIZ, y no solamente de los sacerdotes, sino también de las personas *excesivamente* reli-

giosas, como el Godofredo Llot de EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO. *La realidad* percibida por nuestro novelista tan solo nos suministraría sacerdotes ignorantes, chocarreros, sensuales y perversos, y tipos de personas devotas y piadosas que consideran y toman la Religión como estribo para encubrir inconfesables deseos o para alcanzar una sólida posición social. Si algún sacerdote escapa de este peyorativo concepto es para convertirle en un clérigo de *misa y olla*. Las excepciones que pueden señalarse, como por ejemplo, el Obispo de Lancia de LA FE, en muy poco pueden aminorar la opinión expuesta. A mi juicio, poco vale el atenuante con que el novelista pretende excusarse, aludiendo a la Epístola 18 de San Jerónimo, en la que se censura duramente a los que no aspiran al sacerdocio más que «para ser admitidos con más libertad al comercio de las mujeres»,—y a algunos sermones del P. Cabrera (17). Si algún valor tienen estas excusas es, precisamente, el de mostrar que el novelista no está tan convencido de la inocencia y de la sinceridad de sus obras como en el momento de la publicación creía.

En otras novelas de esta que he denominado *primera época*, si no son tipos religiosos o problemas de la misma índole los que nos presenta, es cierta morbosidad a la moda naturalista, que, iniciándose en EL IDILIO DE UN ENFERMO, se agudiza en EL MAESTRANTE para llegar a su punto máximo en la galería de personajes repugnantes de LA ESPUMA, en la que, dicho sea de paso, no faltan detalles ni frases de gusto sumamente plebeyo, y que fué fustigada, a causa de la falsedad de los tipos, por la Pardo Bazán.

Esta temática desaparece luego de la novela de Palacio Valdés. A partir de la publicación de LOS MAJOS DE CADIZ, se inicia una tendencia más depurada, más idealista. Los personajes se sienten atraídos por algo que ya no está a ras de suelo. Los tipos de mineros como Plutón y Joyana, de LA ALDEA PERDIDA, y Máximo de SANTA ROGELIA, no tienen ninguna clase de refinamiento en su maldad; más que perversos son hombres de instintos

primitivos, salvajes, para los que la vida ha sido sumamente dura, y a los que las circunstancias y el ambiente hacen obrar como si no existiera más ley que la de sus propios instintos y caprichos. Podríamos decir que al engaño y a la malicia, al abuso de una posición social para *comprar* la virtud y la hermosura, ha substituído la fuerza bruta y el primitivismo.

El adulterio de Elena en TRISTAN O EL PESIMISMO, y el de Rogelia en SANTA ROGELIA, a pesar de ser moralmente iguales que el de Amalia en el MAESTRANTE, o el de Clementina, en LA ESPUMA, ofrecen caracteres muy peculiares. Amalia y Clementina han perdido toda noción de pudor. Por su mente no cruza ni puede cruzar la idea de que sus actos sean moralmente malos. La conciencia moral carece de sentido para ellas. En cambio Elena y Rogelia, se ven bien pronto invadidas por el remordimiento que les redime de sus faltas: el contraste que ofrecen los caracteres y educación de Máximo y del doctor Vilches, explica, lógicamente, el adulterio de Rogelia: y un cierto *snobismo*, bien pronto superado para dar paso a la razón y al deber, el de Elena. La resignación de Germán Reinoso, marido de ésta, solo puede ser descrita por un artista de elevados principios morales (18).

> «Allí en el fondo, entre las camas de los esposos pendía un crucifijo. En uno de los paseos los ojos de don Germán tropezaron con él. Quedó inmóvil, clavado al suelo, los ojos fijos en aquella imagen sangrienta. ¿Cuánto tiempo estuvo así? ¿Una hora? ¿Un minuto? Jamás pudo él mismo saberlo. Al fin dejó escapar un suspiro, se tapó el rostro con las manos y cayó de rodillas sollozando.
>
> Cuando se puso en pie había recobrado el sosiego del alma. Su resolución estaba tomada. Se dirigió con paso firme a su despacho, guardó de nuevo el revólver y se puso a escribir algunas cartas» (13).

No pretendo disculpar la falta moral de Elena y de Rogelia. Ya he dicho que desde el punto de vista moral el adulterio de Elena es igual que el de Amalia, lo que quiero es subrayar la posición

del novelista, y la simpatía con que señala la conversión, o mejor dicho, la redención de Elena y de Rogelia. El proceso de reedificación espiritual de Rogelia es sencillamente maravilloso.

Si de estas figuras femeninas pasamos a las masculinas, aunque Palacio Valdés raye a mayor altura en la descripción de tipos de mujer, ninguno encontramos en la *primera época* que pueda compararse en dignidad al capitán Julián Ribot, y en altura moral con Angel Jiménez, el «Doctor Angélico». Se me podrá argüir que en esta *segunda época*, hay algunos tipos que dejan mucho que desear, pero el mismo Gustavo Manrique de SINFONIA PASTORAL, aunque es individuo de muy pocos escrúpulos morales, más que perverso es un vulgar vividor, un buscador de dotes que no merece mayor castigo que el ridículo que corre al descubrirse su interesada conducta, y la paliza soberana que le propina el enamorado Telesforo, primo y pretendiente de Angelina. Lo mismo podría decir del protagonista de LOS CARMENES DE GRANADA, víctima de su temperamento soñador y romántico y del materialismo odioso de la sociedad que le rodea. Su suicidio obedece al fracaso de los valores que cree sagrados: la amistad y la felicidad conyugal.

Podemos hablar, pues, de un cambio ideológico, de un proceso de espiritualización, sin que con esto pretenda afirmar que el novelista asturiano pasase de la incredulidad a la devoción. Cierto natural buen gusto le salvó de caer en lo chocarrero y repugnante, y en lo de «sectario impenitente, rabioso y pérfido», como le llamó un crítico insigne llevado con exceso de apasionamientos impresionistas (20), ya que como nos dice el propio novelista, sin dejar de reconocer algunos de sus defectos:

> «En el fondo de mi alma siempre he sido idealista, y aunque en el curso de mi vida haya amontonado sobre este fuego sagrado mucho polvo y mucho escombro, por fortuna nunca ha llegado a apagarse» (21).

Causas de tal espiritualización? Creo sumamente interesante una carta que el novelista escribió, el 11 de Abril de 1906, a su amigo D. Maximiliano Arboleya, Canónigo de la Catedral de Ovie-

do, a propósito del homenaje que la juventud estudiantil ovetense tributó en 1906 a Palacio Valdés, en el que entre otros oradores, tomaron parte Ramón Pérez de Ayala y Alvaro de Albornoz y Limiana. El Sr. Arboleya se burla donosamente de ambos desde las columnas de EL CARBAYON. D. Armando en la carta aludida le escribe las siguientes palabras:

> «Yo le ruego que no hostigue más a Pérez de Ayala. Es muy joven, tiene talento, y pasados los ímpetus centrífugos que en la juventud nos arrastran, a unos prácticamente como a mí, a otros práctica y teóricamente, no es difícil que escriba en otro sentido más sano y más noble».

No puede deducirse de estas palabras que el propio novelista confiesa la existencia de dos épocas distintas en su producción literaria y en su vida? De las dos épocas que he señalado, en la primera, «se deja arrastrar prácticamente por los ímpetus centrífugos de la juventud». Después experimenta el cambio que profetiza en Pérez de Ayala.

Cuándo se realizó tal conversión? Si no tuviéramos otra fuente de información que la pública, es decir, sus novelas, fijaríamos el inicio en los años que median entre la aparición de LOS MAJOS DE CADIZ, (1896) y LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT, (1899).

Julián Ribot se *convierte* a través de la novela en un personaje de gran entereza moral, que, dominando sus propios impulsos, sabe renunciar a lo que ha sido la máxima aspiración de toda su vida, sólo por temor de que la conciencia no pueda reprocharle alguna vez que «no ha obrado con toda delicadeza». En el cumplimiento del deber halla Ribot la máxima felicidad:

> «Seguro del afecto de los seres que amo y de mi propia estimación, contemplo con calma el curso de las Horas divinas. La nieve cae lentamente sobre mi cabeza, pero no llega al corazón. Ni la pálida envidia ni el negro tedio penetran tampoco en él. Y si, como he oído repetidas veces a Castell, la vida no tiene sentido, yo estoy persuadido de

que he sabido dárselo. Para mí tiene un sabor delicado, exquisito. Soy el artista de mi dicha: este pensamiento aumenta mi gozo.

Y cuando la muerte inexorable llame a mi puerta no tendrá que llamar dos veces. Con pie firme y corazón tranquilo saldré a su encuentro y le diré entregándole mi mano: he cumplido con mi deber y he vivido feliz. A nadie he hecho daño» (22).

Este cambio ideológico que observamos comparando LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT con las novelas anteriores, lo confirma el propio novelista en una carta a su amigo Leopoldo Alas, fechada en 12 de Noviembre de 1882. En dicha carta da cuenta a Clarín de su segundo matrimonio. Palacio Valdés hace suyas la dignidad y entereza moral del capitán Ribot:

«El único acontecimiento digno de nota para mí, aunque en nada turba mi existencia, es el haber santificado estos días un vínculo que ya mi corazón había santificado. Lo que en un joven es una simple incorrección para el mundo, en un viejo se convierte en escándalo. Yo me voy haciendo viejo. Sin embargo, no puedo ni debo ocultarte (porque tú y yo no nos hemos ocultado jamás nuestras ideas), que este escándalo se hubiera prolongado indefinidamente a no haberse operado en mí lo que antiguamente se llamaba una conversión... Me he convertido sincera y absolutamente al cristianismo» (32).

No deja de ser curioso que Palacio Valdés hable siempre o casi siempre de cristianismo y no de catolicismo. No vamos a entrar en detalles que serían ociosos, para pretender explicar o aclarar el texto de la carta que acabamos de transcribir; a parte de que creo que se entiende fácilmente todo lo que quiere indicar el novelista, a nadie es lícito entrar en el sagrado recinto de la conciencia del prójimo. Palacio Valdés sufrió, de esto no puede caber duda, una crisis religiosa entre los años 1897 y 1899, que le llevó, de una parte, a legalizar ante Dios y ante los hombres unas relaciones

amorosas, que «si en un joven son una simple incorrección para el mundo, en un viejo se convierten en escándalo», y de otra, a iniciar una senda literaria más idealista, más noble, más digna y más en consonancia con la situación moral que acababa de adquirir con su matrimonio (24).

Este proceso de espiritualización que se inicia con LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT, me va a servir de tercero y último punto de vista para analizar lo que he denominado inclinación o tendencia al «justo medio», en la persona y en la obra de Palacio Valdés. Este tercer punto de vista está formado por las ideas religiosas.

C) *Las ideas religiosas de Palacio Valdés.* Tarea prolija sería la de ir anotando todos los textos en los que nuestro escritor alude o expone ideas religiosas o morales. Con mucha frecuencia las ideas religiosas se mezclan con reflexiones morales, ya a propósito de cuestiones políticas, ya de cuestiones sociales.

Los textos que reproducimos oscilan entre los años 1900 y 1937. La evolución política y social de nuestra nación a través de este período de tiempo es harto conocida de todos para que aquí nos detengamos. No es nuestra misión examinarla; pero sí queremos llamar la atención, al enjuiciar las ideas y palabras de Palacio Valdés, sobre el momento en que fueron escritas. Hoy, a cuarenta, treinta, veinte años de distancia, podemos comprobar cuánta razón tenía el escritor en muchos de sus juicios y temores. Tampoco quiero indicar que los remedios que propugna sean los más adecuados. No voy a hacer la apología de Palacio Valdés ni a presentarle como escritor intachable desde el punto de vista de la más estricta ortodoxia. En las páginas precedentes, al hablar de las dos épocas que se puede señalar en su novela, he censurado tesis y tipos de sus novelas; pero siempre al enjuiciar la moralidad o inmoralidad de una obra de arte, se deben tener muy presentes las palabras de Menéndez Pelayo en el Discurso de contestación al de entrada de Pérez Galdós en la Real Academia Española:

«No habiendo hablado la única autoridad que exige aca-

tamiento en este punto, a nadie es lícito, sin nota de temerario u otra más grave, penetrar en la conciencia ajena, ni menos fulminar anatemas que puedan dilacerar impiamente las fibras más delicadas del alma. Una novela no es una obra dogmática, ni ha de ser juzgada con el mismo rigor que un tratado de Teología. Si el novelista permanace fiel a los cánones de su arte, su obra tendrá mucho de impersonal, y él debe permanecer fuera de su obra. Si podemos inducir o conjeturar su pensamiento por lo que dicen o hacen sus personajes, no por eso tenemos derecho para identificarle con ninguno de ellos».

En una palabra, no me propongo guzgar, sino exponer, aportar algunos materiales para el estudio de la obra del insigne novelista asturiano.

La transformación de una vida agrícola, patriarcal, en industrial, se presenta a los ojos de nuesrro escritor en un período en que no puede discernir aún la razón de sus preferencias. Laviana, Sama, La Felguera, etc., se constituyen en centros mineros; gentes venidas de todas partes acuden al señuelo de la mejor retribución de su trabajo. El campesino enajena fácilmente sus tierras y pierde los antiguos hábitos. No creo que estén en lo cierto los que ven en Palacio Valdés un retrógrado, un enemigo de la civilización y del progreso. Ve el peligro, no en el progreso en sí, sino en la excesiva industrialización que puede desembocar en el predominio de la materia o en la aniquilación del espíritu. Por éste y no por aquélla debe llegarse al progreso. La tesis del progreso como causa de la felicidad o de la infelicidad ha tentado a varios escritores, entre los cuales destaca Angel Ganivet con su CONQUISTA DEL REINO DE MAYA.

Dos novelas consagra a exponer estas ideas: LA ALDEA PERDIDA, escrita en 1903, y SANTA ROGELIA, en 1926. Podríamos considerarlas como dos partes de una misma tesis. De la misma manera que LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA de Benavente, no es más que el resultado, la exposición de una sociedad monta-

da con la ideología y los principios de LOS INTERESES CREADOS, en Palacio Valdés, SANTA ROGELIA viene a ser la exposición de una antigua vida patriarcal e idílica suplantada por una nueva concepción, la tiranía de las minas. La muerte violenta de Demetria (representación de la Demeter, diosa de la agricultura) en LA ALDEA PERDIDA, que sirve de desenlace a la novela y da pie a don César de las Matas y Arbín para anunciar el comienzo de la barbarie, es el punto de partida de la acción que se desarrolla en SANTA ROGELIA:

> «Decís que ahora comienza la civilización... Pues bien, yo os digo... ¡oidlo bien..! ¡Yo os digo que ahora comienza la barbarie..!»

La primera parte de la novela es el cumplimiento de la profecía de don César de las Matas. Máximo es el digno heredero de Plutón, (asesino de Demetria) y de Joyana. El bastón noble ha sido sustituído por el pistoletazo cobarde y por la puñalada traidora.

La preocupación por las cuestiones sociales que refleja Palacio Valdés en LA ALDEA PERDIDA será constante. En el epistolario alude frecuentemente al deseo de hermanar algunas ideas de los socialistas teóricos con la doctrina de Jesucristo. En esta cuestión queremos ver la influencia de su amigo don Maximiliano Arboleya, con el que sostuvo asídua comunicación.

En 1906 publica TRISTAN O EL PESIMISMO. Aquella etapa de pesimismo atroz con que se cierra MAXIMINA ha sido superada.

> «La Creación se le presentó de pronto con su aspecto terrible. Los seres devorándose los unos a los otros sin piedad: el más fuerte martirizando al más débil constantemente. Unos y otros, engañados por la ilusión de la felicidad que no ha de llegar jamás para ninguno, trabajan, padecen en provecho de cada especie, éstas en provecho de otras, y así sucesivamente hasta el infinito. El mundo, en suma, se le ofreció como una estafa inmensa, un lugar de tormento pa-

ra todos los seres vivos, más cruel aun para los conscientes. La felicidad absoluta para el Todo, porque es y será eternamente; la absoluta desdicha para los individuos, porque eternamente se renovarán para padecer y morir». (25).

Con TRISTAN... se ha dado marcha atrás a «aquellos pasos en un terreno tan inseguro y peligroso como el querer, a fuerza de vigilias y meditaciones, conquistar un don infuso, que, como la aurora de los cielos, no puede nacer en las almas sino a impulsos de la bondad de Dios». (26) Aparecen las «aclaraciones» y los sometimientos a la doctrina de la Iglesia al frente de MARTA Y MARIA y LA FE, y se renuncia a aquellas rechiflas semivolterianas de la vida de sacrificio que viven las vírgenes de los conventos; y el pesimismo de Miguel Rivera, (Riverita) que ve en la vida solo el materialismo más atroz y nihilista, se transforma en el bello pensamiento henchido de caridad, de las Memorias inéditas de don Félix de las Matas:

«No existe, en verdad, para mi un espectáculo más triste que el de esos hombres devorados por una actividad febril que corren los bancos y los muelles, las lonjas a caza de negocios lucrativos. No leen un libro porque no lo entienden, no van al templo porque les falta tiempo, no disfrutan de la suave aroma de los campos ni del parlero cantar de los pájaros en la fronda, del tañido de la zampoña en el otero, ni de los violines en los salones urbanos, no les hacen gozar los acentos severos de la tragedia, ni tampoco las sales aristofánicas de la comedia, porque en todas partes les persigue el expediente, la cotización, la mercancía. Y llega el momento aciago en que la pulmonía traidora o la franca apoplegía les agarra por el cuello y les lleva, ¿a dónde? A ninguna parte—responderán tal vez ellos. Entonces ¡oh seres menguados, ¡ilusos! por qué no haberos tomado algún tiempo para gozar? Y si es a otra región supraterrestre, ¿de qué os servirán aquí el interviú, ni el amortizable, las acciones, las Tabacaleras?» (27)

Todo ha cambiado en TRISTAN O EL PESIMISMO; un profundo sentimiento religioso impregna todas sus páginas. En TRISTAN—como dice el P. Graciano Martínez, gran amigo del novelista,—es donde Palacio Valdés ha navegado con brújula más segura y rumbo más cierto. TRISTAN es un libro de intelectualismo candente, es un símbolo de la juventud literaria no solo de España sino de Europa, y una encarnación vigorosísima de todo el pensamiento teórico y práctico de Shopenhauer y Leopardi, pero sobre todo de Federico Nietzche. Y otro de sus anigos, el Canónigo Arboleya, escribe en 1906 las siguientes palabras:

> «Desde que me honro tratando personalmente a Palacio Valdés, he descubierto en él al hombre profunda y prácticamente religioso». (28)

Frente al amargado y pesimista Tristán Aldama se alza la noble figura de su cuñado Germán Reinoso que sabe perdonar porque cree, y cree porque ama:

> «Nadie ha dudado jamás, y la misma religión cristiana nos lo repite a cada momento, que en el fondo de nuestra alma se agitan apetitos bestiales, viven instintos depravados, dormita, en una palabra, la fiera. Pero la experiencia me ha enseñado que es más fácil adormecerla con el humo de la lisonja que con los gritos del miedo. Mostrando confianza a nuestros hermanos solemos hacerles mejores: recelando de ellos, jamás... Siempre he imaginado que todos los hombres tienen en el fondo de su alma un gato, Tristán, un gato de bondad y de nobleza. ¡Hay que buscárselo, hay que buscárselo!»

La oposición entre el pesimismo doctrinario, jansenista, que sólo puede ocasionar desesperación y ruina, y el optimismo sano, providencialista, la conciencia del deber cumplido, en una palabra, fe, fuente de felicidad, está admirablemente expuesta por Palacio Valdés en una página que no podrá olvidarse a nadie que haya leído TRISTAN O EL PESIMISMO: Germán Reinoso que vive sólo por y para su mujer Elena, se entera de que ésta le es infiel: frente al

consejo de su cuñado Tristán que le impulsa al homicidio, Germán reacciona de muy distinta manera. Anonadado llega a su casa:

> «Luego sacó de uno de los cajones un revólver, lo examinó con detenimiento, lo cargó con nuevas cápsulas, lo colocó sobre la mesa y echó de nuevo la llave al cajón. Abrió la puerta del salón, abrió la de la habitación contigua, que era el dormitorio matrimonial, encendió un cigarro y se puso a pasear a lo largo de la crujía con aparente calma... Guardó el revólver y se puso a escribir algunas cartas... La última para su mujer:
>
> Elena: Perdona que por última vez me dirija a tí. Es de absoluta necesidad para tu futura existencia. Cuando recibas ésta me hallaré lejos y jamás volveré a importunarte con mi presencia. Te dejo toda mi fortuna: solo me llevo lo necesario para vivir. Gasta todas las rentas que te entregará Cirilo. Es el último favor que te pido y también que disculpes mi ausencia. Puedes decir que estoy en América, donde tenía comprometidos algunos intereses. Nada más. Que Dios te proteja y que a mi no me abandone». (30)

«¡Que Dios te proteja y que a mi no me abandone!» Creemos que el mejor comentario es el silencio. Cualquiera palabra que añadiéramos solo serviría para empequeñecer el profundo sentimiento de fe y de piedad cristiana que reflejan los párrafos transcritos.

Desde esta fecha de 1906 hay un largo período de silencio en la producción de Palacio Valdés, silencio que viene a romperse en 1911, con los PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO. Palacio Valdés avanza firme por el camino de la fe. Esta obra, que reputamos la más importante desde el punto de vista ideológico, es una recapitulación de toda su vida e ideas anteriores. Las dudas, vacilaciones, desvíos y vuelta al redil de Jesucristo, se hallan admirablemente expuestos. Durante el largo período que media entre la aparición de TRISTAN O EL PESIMISMO y la de los PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO, el novelista vuelve a sus lecturas favoritas. Si fuéramos dados a símiles, diríamos que Renán y Kant que

llevan al escepticismo y llenan de dudas el alma cándida del P. Gil, poco avezado a examinar problemas teológicos, llevan a la verdad a Palacio Valdés, que acaba con la profesión de fe católica, apostólica y romana.

Desde el punto de vista religioso se observan en esta obra ciertas contradicciones. Claro que el EDITOR se sangra en salud, como vulgarmente se dice, advirtiéndonos anticipadamente que no hace suyas todas las doctrinas y opiniones del famoso doctor Angel Jiménez.

¿Cómo pueden explicarse tales contradicciones? Creemos que como obra compuesta a través de varios años, y escrita a retazos, el autor ha ido exponiendo sus creencias, dudas y vacilaciones, tal y como éstas se presentaban a la sazón a su mente.

En una de nuestras visitas a don Maximiliano Arboleya, le hablamos de los PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO, y le expusimos la *explicación* que dábamos a tales contradicciones. Sin que negara nuestro punto de vista, nos dió a leer una reseña que hizo de la obra a raíz de su aparición. La reseña dice así:

> «A qué se deben esas afirmaciones inexactas y esas dudas? Yo me permito creer que proceden bien de que sus trabajitos no son todos de ahora, redactados en estos últimos años, y reflejan las evoluciones no substanciales, pero sí de importancia por qué pasó el espíritu de Palacio Valdés en estos últimos lustros, o bien de que el insigne novelista a fuerza de profundizar en los estudios de publicistas heterodoxos, ha concluído por tomar de ellos, no las ideas, sino la terminología, la cual le hace aparecer como defensor de doctrinas que realmente no son las suyas. Yo sólo puedo decir que en mis inolvidables y gratísimas conversaciones con el autor he advertido más de una vez el fundamento de la última hipótesis». (31)

Distingamos entre ideas religiosas e ideas morales. Para Angel Jiménez el fundamento de toda ley es de orden moral:

> «No existe ley alguna—amigo Jiménez—que no dependa

de una voluntad, y, por tanto, que no sea moral. Primitivamente este fué el concepto de la ley: una orden, una limitación dictada en nombre de una autoridad. Mas tarde pasando de la ley moral a la física, este concepto se desnaturalizó. Un hecho se reproduce invariablemente y de un modo inevitable mediante ciertas circunstancias, y lo llamamos ley. Esto es, una orden o prohibición». (32)

El predominio de la pasión supone un desequilibrio moral, un desacato a la ley; y entre todas las pasiones, la más funesta es aquella que más nos acercará a la irracionalidad, el odio: (33)

«Estoy persuadido de que lo único que degrada realmente al hombre es el odio, porque es lo único que le hace retroceder velozmente hacia la fiera. El hombre experimenta al sentirlo el dolor por excelencia, el dolor de los dolores. ¡Como que es la ruina de todas sus ilusiones de grandeza, la pérdida de sus fueros más venerados!» (34)

La transición entre la ausencia y la presencia de la ley moral está reflejada por el arte. Palacio Valdés, aunque afirme la tesis «del arte por el arte», concibe y defiende el valor educativo, no con propósito de sermón:

«En un estado de egoísmo completo no puede existir el arte. En un estado de abnegación absoluta, tampoco. El arte refleja el estado de transición entre la ausencia y la presencia de la ley moral, las interesantes peripecias de la lucha entre el angel y la bestia que en el hombre coexisten». (35)

Con la edad de cada uno van evolucionando los sentimientos religiosos y los principios morales:

«Cuando jóvenes, somos más o menos paganos. De viejos somos más o menos cristianos. Es que cuando jóvenes pensamos que el mundo es nuestro. Luego advertimos que no es nuestro, sino de Otro». (36)

Para Palacio Valdés un acendrado sentimiento filial puede explicar, en muchos casos, la ideología religiosa:

«Dime, amigo, si reniegas de Dios y del alma, ¿a qué te

ha sabido el beso que te dió tu madre al morir?» (37)

La posición del novelista ahora contrasta con la que observaba en sus primeros años de producción. Reconoce que en materias religiosas la razón es siempre insuficiente; sobre ella debe colocarse el escudo del amor y de la fe:

> «La razón nos conduce hasta la puerta del santuario; la virtud da la vuelta a la llave; el amor nos cierra dentro». (38)

Aconseja la confianza ciega en Dios después de asegurarnos su favor con nuestras buenas obras:

> «Alma mía, ya que no puedes otra cosa, pon la proa al bien, que Dios se encargará de hinchar las velas... Mi fe, m esperanza y mi caridad penden de un hilo bien delgado; pero si Dios lo tiene es bastante fuerte» (39).

ya que, como dice en el «Ultimo paseo del Doctor Angélico», «la sangre de Cristo nos da la posibilidad de salvarnos, pero no nos da la seguridad de salvarnos».

Para nuestro novelista el fundamento último de todo lo terreno y ultraterreno es el amor: «La esencia divina, la bondad y la belleza inmortales se hallan esparcidas por todos los seres humanos, y aquél se acerca más a Dios y participa de su esencia soberana, quien se une a sus criaturas con más amor... Nadie puede ahondar en una ciencia sin amarla; nadie puede descollar en las bellas artes sin ser su apasionado. Para ser devoto es necesario amar la religión» (40). Conoce la debilidad natural del hombre y la misericordia infinita del Creador; el novelista imagina una procesión presidida por el Señor; él sigue a la muchedumbre; a veces se siente desfallecer:

> «Pero el Señor no se olvida de mí. A menudo se detiene, se empina sobre sus divinos piés para verme, y, por encima de las cabezas de la muchedumbre, me insta con la mano para que camine.
>
> —¡Maestro—le grité—te sigo de lejos, pero te sigo!
>
> Entonces una sonrisa bondadosa iluminó su rostro. El Señor sonreía de mi petulancia y me hizo con la cabeza un

signo de aprobación, permitiéndome seguirle del modo que pudiera» (41).

Señalemos, para terminar esta serie de citas, las que abren y cierran la obra; en ellas, como en otras muchas que pasamos por alto, late un profundo sentimiento religioso. En el «Prólogo del Editor», leemos:

«El criado vino a avisarme al oscurecer de que su amo se marchaba por momentos. Cuando llegué, el Doctor Angélico había dejado de existir. En torno de su cadáver, aun caliente, se hallaban el médico, un sacerdote y doña Pepita. El médico, pálido y triste, exclamaba:

—¡Era un hombre!

El sacerdote murmuraba gravemente:

—¡Era un cristiano!

y en el capítulo «Ultimo paseo del Doctor Angélico», escribe:

—«Adiós, Jiménez, pide a Dios que me dé la fe que tu tienes.

Observando mi emoción, repuso sonriendo:

—No necesito pedirla, porque ya la tienes».

Poca comprensión del pensamiento de la obra revelan las siguientes palabras de Rafael Narbona, a propósito de LOS PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO:

«Por primera vez aflora a la pluma del novelista el pesimismo. Las inquietudes metafísicas que ha procurado desechar a lo largo de su vida, se asoman a través de LOS PAPELES... pero el escritor es moderado hasta en la duda. El enigma del problema humano, ¡eterna interrogación de todos los filósofos! se alza en su camino cuando la nieve de los años blanquea ya sus cabellos. En esta obra resurgen sus inquietudes espirituales a lo largo de todas las teorías filosóficas, y el autor busca el verdadero sentido de la vida a través del bien y del mal. Mas, aunque un pesimismo suave matiza sus confesiones, ese aliento desesperado y torturante que toda negación deja en el alma, se diluye en una con-

clusión ecléctica y el incendio se torna en simple llamarada. Sólo cuando el hombre pierde su serenidad se vuelve pesimista, y su acento se hace desgarrador; pero ya he dicho anteriormente que el equilibrio es la virtud por excelencia de Palacio Valdés» (42).

Es inexacto lo de la «conclusión ecléctica». Dada la índole de los temas que trata, no cabe tal escepticismo ni eclecticismo. Con los dogmas de la Religión Católica, con los problemas del Bien y y del Mal, no pueden admitirse posiciones intermedias. Además, basta leer las últimas palabras de la obra para ver la afirmación de una verdad. ¿Dónde está el eclecticismo?

Proclama la necesidad de seguir los dictados de la conciencia y condena el indiferentismo en todos los órdenes de la vida. El hombre debe tomar posiciones definidas:

> «No soy un neutral en el sangriento conflicto que hoy aflije a la humanidad; no lo he sido jamás en disputa alguna que hayan presenciado mis ojos. Pude haberme equivocado; pero siempre me coloqué resueltamente al lado del que, en mi sentir, tenía de su parte la razón y la justicia; por eso, al estallar la presente guerra, me incliné al lado de la Francia». (43) (Pase sin comentario el galicismo).

Menos interés desde el punto de vista que nos ocupa tienen dos obras autobiográficas: LA NOVELA DE UN NOVELISTA y ALBUM DE UN VIEJO. En la primera son dignos de mención el capítulo titulado «Paréntesis», burla donosa de los sistemas materialistas, que valió al autor una crítica dura por parte de la prensa izquierdista francesa, en especial de *L' Humanité*, y el capítulo XII, qué sea o no verídico, da la impresión de cierta irrealidad. El novelista y su amigo Antonio se me antojan *un arreglo* del episodio que refiere Santa Teresa de Jesús en su VIDA, sobre la fuga del hogar paterno en compañía de su hermano Rodrigo. Palacio Valdés entona un delicado canto a los hermosos días de su niñez adornada de inocencia, en contraste con los desengaños y caídas de la edad madura:

«¡Hermosos días de fe, venid a mí! Soplad en este corazón herido por los desengaños, soplad en este pensamiento marchito por tanto esteril trabajo. Refrescadme unos instantes. Que vuelva a ser al despertarme el niño que se postraba de rodillas sobre el diminuto lecho, y vuelto hacia una imagen de Jesús Crucificado le pedía con palabras fervorosas la salud de mis padres y la salvación de mi alma. Dejadme otra vez en el azul del cielo la imagen de María, hollando con su divina planta el creciente de la luna rodeada de niños alados. Dejad que lleguen a mis oídos, como entonces, sus cánticos celestes. Dejadme sentir de nuevo sobre la frente las alas del angel de mi guarda al tiempo de dormirme».

Pero estos desengaños no han conseguido apagar la fe ni el idealismo del escritor.

Después de LA NOVELA DE UN NOVELISTA, publica SANTA ROGELIA. La revalorización espiritual—como vimos anteriormente—es definitiva si comparamos los tipos de esta obra con algunos similares que hallamos en novelas de la que he llamado «primera época». Repite el novelista la condena del odio, que en los PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO, ha calificado como el pecado que más nos asemeja a las fieras. En SANTA ROGELIA, el odio es una «horrible palabra. Es la única que pronuncian los condenados del infierno».

El proceso de Rogelia es admirable; la luz de la fe, que el novelista afirma repetidamente que es gracia especial de Dios, penetra en el alma de la protagonista, y entonces, abandona todo sentimiento de temor humano; apaga por completo el orgullo iniciándose un total *desasimiento* de lo terreno. Desde este momento lo de menos, para la protagonista, es el concepto que los demás pueden formar de ella, lo importante es el espejo de su propia alma: Rogelia al darse cuenta de su vida, «no se avergonzó tanto de ser descubierta como de sí misma, de su pecado, del abismo de perdición en que había caído».

La misma revalorización espiritual encontramos al comparar el admirable tipo de Cristobalina con María de MARTA Y MARIA. (Cristobalina sin las enajenaciones de María es una auténtica criatura mística. Es una mística que no juega al misticismo y que no se propone serlo. Es un alma auténticamente buena que comprende todas las flaquezas; de la misma sencillez y candor de sus actos y palabras brota su labor de apostolado), y al sacerdote que confiesa a Rogelia descubriendo la secreta razón de su conducta, con los que presenta en EL IDILIO DE UN ENFERMO y en LA FE.

EL ALBUM DE UN VIEJO no aporta ninguna observación nueva: se reduce a repetir la serie de ideas y principios ya expuestos, y al igual que el TESTAMENTO LITERARIO, como dice el novelista en una de sus cartas, no es más que «un resumen de mis ideas estéticas, religiosas y filosóficas». Insiste en su posición antifatalista debido a la existencia del sentido moral:

> «No estamos fatalmente encadenados por nuestro temperamento; cierto que nacemos con predisposiciones buenas o malas, pero el sentido moral es susceptible de desenvolvimiento como la inteligencia. Virtualmente existe en todos los humanos» (44).

Este sentimiento moral debe ser la base de la vida humana y del mundo en general:

> «El mundo no tiene más significación que la moral. Todo rasgo de bondad, como toda manifestación de belleza, son dos rayos del mismo sol. El mundo aparente es el símbolo de una realidad superior. Jesucristo ha dicho: La Verdad soy Yo, o lo que es igual, la bondad es la única verdad» (45)

Pero por encima de todos los pricipios humanos, y como fuente de venturas, pone el novelista el sentimiento de la fe:

> «Pero hay algo que flota por encima de las ordenanzas sociales, algo que funde y disipa no solo los dictados de la voluntad, sino el mismo carácter. Este algo se llama fe. Cuando la fe vive en los corazones huyen las brumas, se levantan las inmundicias, se cicatrizan las heridas. En el hoga

donde este sol penetra no hay peligro de disolución. Si marido y mujer levantan los ojos al cielo y adoran, su unión no corre riesgo... Solo cuando ambos adoran a la vez, cuando libremente refugian su alma en la del Hacedor de los cielos y viven en caridad, su unión es sagrada y se hace inmortal» (46).

No voy a presentar a Palacio Valdés como campeón del Catolicismo en contra de la incredulidad. Con frecuencia observamos cierta tibieza, pero creo que obedece a su tesis del «justo medio», que tan grato le es. Me explicaré. Cuando el novelista vive en un medio oficialmente católico, no tiene por qué hacer ostentación de catolicismo; en cambio, cuando se siente atacado, entonces brota de su espíritu el de rebeldía; viene la pública manifestación de sus doctrinas y creencias.

Aunque no se refiera a ideas religiosas sino patrióticas, es sumamente interesante para conocer la psicología de Palacio Valdés, la carta que escribe desde Cap Breton (Francia) a su amigo José M.ª González (Columbia). Refiriéndose al homenaje y festejos que allí se le tributaron, dice:

> «Esto me halaga, porque en el extranjero me siento más patriota que dentro de casa» (47).

No creo que sea exagerado atribuir su tibieza, o mejor dicho, su no ostentación de las ideas religiosas en un medio oficialmente católico, a los mismos móviles, ya que cuando el caso lo requiere, hallamos al novelista en su puesto, y ahí está su artículo sobre el Crucifijo y el relato emocionado que de un episodio de las trincheras nos presenta en LA GUERRA INJUSTA (38).

Cuando suena la voz de alarma, cuando llega la hora de demostrar los verdaderos sentimientos católicos Palacio Valdés hace oir su voz sin temor ni vanos respetos humanos. Sus colaboracio- en el *A B C*, culminan con el artículo titulado EL DESPIDO DEL CRUCIFIJO, aparecido en el mencionado periódico, el 28 de mayo de 1932, y que editó en tirada especial la Federación Católica de Maestros Españoles.

He expuesto, aunque someramente, las ideas religiosas y morales de Palacio Valdés, y no quiero terminar sin aludir al concepto que, desde el punto de vista moral tiene el novelista de su propia obra:

> «Cuando me encierro en mi cuarto y después me encierro en mi mismo, no puedo menos de decirme, ¡pura vanidad!: Mis libros no son más que burbujas de agua que se mantienen un instante sobre la corriente y desaparecen; leves sonidos que el aire produce al penetrar casualmente en una flauta. Si se me despojase de lo que pertenece a los grandes maestros que me han precedido, quedaría desnudo. Hay, sin embargo, algo de lo cual nadie en este mundo me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios, y otras, lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nadie ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era» (48).

En resumen, el deseo de guardar en todo el justo medio, libró a nuestro novelista de caer en exageraciones de cualquier tipo y naturaleza, porque, como dijo en una de sus obras, «aunque sea muy útil llenar el bolsillo, siempre lo será más llenar el corazón: Si nadamos sobre la ola de la ley moral, ella nos conducirá suavemente a puerto seguro» (50).

Oviedo, noviembre de 1949.

NOTAS

(1) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Gloria y obscuridad».

(2) Vid. Rafael Narbona: «Palacio Valdés o la Armonía». Madrid. Victoriano Suárez. 1941.

(3) Vid. Palacio Valdés: «Album de un viejo». Epígrafe: «El término medio». Dice: «Confieso que está muy desacreditado. Sin embargo, no puedo dejar de sentir hacia él fuerte cariño... El hombre que no quiere exagerar ha pasado a ser un personaje cómico que figura en los teatros. Y, no obstante, este personaje cómico es el que está en lo cierto». En la «Dedicatoria» de EL IDILIO DE UN ENFERMO, escribe: «El vulgo no agradece que se le deleite suavemente, que se le haga pensar y sentir. Para otorgar su aplauso es preciso que el escritor le deslumbre, o por el número de obras, o por descripciones aparatosas y prolijos análisis de caracteres, tan prolijos como falsos, o con un lenguaje arcaico y pedantesco. El vulgo desprecia lo sincero, lo natural, lo armónico. Para obtener su admiración precisa ser un poco charlatán y cursi. Escritores conozco de indisputable mérito, tanto en España como fuera de ella, a quienes si se les quitasen los granitos de charlatanería con que sazonan sus obras, dejarían en el mismo punto de ser populares».

(4) Vid. Palacio Valdés: EL IDILIO DE UN ENFERMO. «Dedicatoria: A mi hijo».

(5) Vid. Miguel de Unamuno: ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS. Prólogo. Pág. 7. Colección Austral. N.º 160.

(6) Vid. Miguel de Unamuno. Op. cit.: «El que siguiendo mi producción literaria se haya fijado en mis novelas, excepción hecha de la primera de ellas en tiempo, de PAZ Y GUERRA, habrá podido observar que rehuyo en ellas las descripciones de paisajes y hasta el situarlas en época y lugar determinados, en darles color temporal o local. Ni en AMOR Y PEDAGOGIA, ni en NIEBLA, ni en ABEL SANCHEZ, ni en mis TRES NOVELAS EJEMPLARES, ni en LA TIA TULA, hay apenas paisajes ni indicaciones geográficas y cronológicas. Y ello obede-

ce al propósito de dar a mis novelas la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posibles, reduciéndolas, en cuanto quepa, a diálogos y relato de acción y de sentimiento—en forma de monólogos ésto—y ahorrando lo que en la dramaturgia se llama acotación».

(7) Vid. Palacio Valdés: TESTAMENTO LITERARIO. Capítulo: «La Estética».

(8) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico».

(9) Vid. Andrés González Blanco: «Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días». Madrid, 1909. Saenz de Jubera, Hermanos, editores. Campomanes, 10. En la página 518, escribe: «Clarín, que siempre trató a Palacio Valdés con gran cariño, a pesar de lo que algunos maliciosos dijeron en contrario, creyendo ver reticencias donde solo había elogios incondicionales o censuras francas, puso grandes reparos a esta obra, sobre todo en lo concerniente a su factura». No digo que en el momento de la impresión de «El idilio de un enfermo», la amistad de Clarín y Palacio Valdés, no fuera todo lo sincera y cariñosa que dice González Blanco, pero sí, que *no fué siempre de la misma manera*. Algún día, si Dios quiere, he de tratar este asunto con más extensión; aquí solo quiero apuntar algún dato. No creo que sea preciso recordar a nadie la ilusión que había puesto Clarín en su obra dramática TERESA, y el rotundo fracaso que tuvo, la noche de su estreno en el Teatro Español de Madrid, (el día 20 de marzo de 1895). Pues bien, Palacio Valdés, su íntimo amigo, no solamente no vió a Clarín durante los días que éste estuvo en Madrid, sino que ni fué al estreno de la obra, a pesar de la invitación personal de Clarín. Para fundamentar mi suposición me apoyo en dos documentos: una carta de Palacio Valdés a Clarín, escrita el 27 de marzo de 1895, a los siete días del estreno de TERESA, y el cuento de Leopoldo Alas, titulado CRISTALES, inserto en la colección CUENTOS MORALES, publicada en Madrid, por «La España Editorial», el año 1896. La carta de Palacio Valdés es muy digna de tenerse en cuenta, y aunque ha sido publicada no quiero dejar de transcribir algunos párrafos:

«Te escribo a Oviedo sin saber si te has ido ya de Madrid. Esto te probará el casi absoluto aislamiento en que vivo, no porque aborrezca a los hombres, sino porque les voy tomando miedo.

Te doy las gracias por la butaca y aún más por la visita que has hecho a mi hijo. Al día siguiente me alegré de no haber ido al teatro, pues creo, (aunque esto sea herir tus ilusiones) que sería una de la media docena de personas que habrán pasado mal rato... Ignoro si tu obra era presentable o no, pero estoy seguro de que si fuese veinte veces mejor hubiera tenido veinte veces peor éxito...»

Creo que esta carta puede prestarse a varias interpretaciones. Es lógico que dos amigos íntimos no se vean en las circunstancias que se dieron en el caso que nos ocupa? A mi no me cabe duda de que la amistad entre Palacio Valdés y Clarín se había enfriado el año 1895. Palacio Valdés era a la sazón uno de los novelistas españoles de mayor prestigio, y haciendo honor a la amistad, no podía ni debía dejar de asistir al estreno de la obra de Clarín.

En cuanto al cuento CRISTALES, es significativo el tema: se trata de una de-

cepción de amistad, de un desengaño sufrido por un joven literato el día de un estreno suyo muy discutido, al estudiar después, a la madrugada, en el reservado de un café, las impresiones de satisfacción, envidia y amor propio, ante el fracaso de la obra teatral, de su íntimo amigo Cristóbal. Los dos amigos del cuento Cristóbal y Fernando, ¿no podrían ser Clarín y Palacio Valdés?

Ya sé lo expuesto que es juzgar por simples impresiones; no obstante, creo que Clarín escribió su cuento a raíz del fracaso de TERESA y bajo la impresión de una traición de amistad, y que el *falso amigo* no fué otro que Palacio Valdés.

(10) Vid. Clarín. «Sermón perdido». Págs. 240-241. «*El idilio de un enfermo* sabe a poco, dicen muchos lectores; y es verdad. ¿Es que no hay asunto suficiente para una novela? No es eso: bastaba con los amores del enfermo y Rosa para una acción muy interesante, sin que dejaran de ser allí lo secundario, como lo son ahora también. Pero el autor, creyendo acaso que la materia no merecía muchas páginas, precipita acción, interés, caracteres, y no nos da tiempo para conocer y amar a sus personajes. Es el IDILIO una novela interesante, pero en cifra; los personajes vienen a ser iniciales, y su historia nos atrae menos por esto. Rosa pudo haber sido poética figura tomada del natural con vigoroso y fresco pincel; pero cuando el lector empieza a estimarla, a seguir con cariño sus aventuras acaba todo aquello. No pecan los personajes del IDILIO porque sean vulgares; el hombre vulgar tiene también su historia; pecan porque apenas los conocemos; se comprende en seguida que para el autor tienen mucho más interés los árboles seculares de aquellos bosques, las crestas de aquellas montañas, las hierbas de aquellos prados, las aguas de aquel río, que el anémico seductor y los aldeanos que le rodean. No quiere Palacio penetrar en sus personajes, hacérnoslos ver por dentro, como si temiera que fuesen de madera, y por esto *sabe a poco* la novela. La seducción de una aldeana basta para interesar al lector, ¡ya lo creo! pero es necesario que primero le interese al novelista; aquí viene bien lo de *si vis me flere*».

(11) Vid. Palacio Valdés: EL IDILIO DE UN ENFERMO. Cap. VI. Un íntimo amigo de Palacio Valdés criticó duramente la novela a raiz de su publicación, en una «carta abierta» aparecida en EL CARBAYON. Entre los aciertos del novelista—escribía irónicamente—destaca el de haber elegido una cuadra como lugar apropiado para tálamo donde satisfacen sus instintos Rosa y Andrés Heredia. No he podido averiguar quién fué el aludido crítico que firmaba Rafael.

(12) La existencia de dos épocas en la novela de Palacio Valdés, aunque no fundamentándolas en las razones que aduzco, fué señalada por Andrés González Blanco, en la página 534 de su «Historia de la novela en España...» «Con LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT se inicia en Palacio Valdés una nueva era ideológica. Los procedimientos siguen siendo los mismos; la técnica, igualmente naturalista por lo impersonal; la forma, idéntica en lo desaliñada y ruda, que a ratos tiene espasmos de prosa moderna refinada, en ocasiones viste la cota clásica que la oprime y la embaraza, y por lo general se deja caer lánguida y desmayada con la flojedad y descuido de la prosa periodística de nuestros días... Pero el fondo, las ideas directrices de su labor novelesca han cambiado. LA ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT señala una reacción espiritualista en el alma del autor, que

tiende a cierto cristianismo renovado y purificado, como el de Tolstoy, con algo de iluminismo apostólico y mucho de la ternura del Sermón de la Montaña el día que se lee «a la luz de la aureola espiritual de la Gracia», como decía Clarín en el prólogo de *Resurrección*... La novela de Palacio Valdés es, con LA CRISTIANA, de la señora Pardo Bazán (y sin los detalles naturalistas que aun resaltan en ésta) la novela más purificadora sin moraleja y más docente sin tesis que se ha escrito en España desde hace muchos años».

(13) Cito exclusivamente las novelas y no tengo en cuenta obras como PAPELES DEL DOCTOR ANGELICO, AÑOS DE JUVENTUD DEL DOCTOR ANGELICO, LA NOVELA DE UN NOVELISTA, porque en ellas no es lo novelesco lo esencial; es la tesis o la doctrina. Tompoco menciono EL GOBIERNO DE LAS MUJERES, TESTAMENTO LITERARIO y ALBUM DE UN VIEJO, por razones análogas.

(14) Vid. Palacio Valdés: Prólogo de la primera edición de MARTA Y MARIA.

(15) Vid. Palacio Valdés: Prólogo de la primera edición de MARTA Y MARIA. Del mismo prólogo quiero transcribir unos fragmentos que nos ayudarán a comprender la posición y evolución del novelista:

«El entusiasmo, los transportes fogosos, la embriaguez y hasta la locura de aquellas almas, cándidas y ardientes a la vez, que no encuentren manera de apagar la sed que les devora y calmar la inquietud que les martiriza en el comercio del mundo y buscan en el misterio del claustro medicina para su mal, me parecieron digno tema para que el novelista contemporáneo lo someta y lo ofrezca con el respeto debido a la consideración del público... No está fundado el libro que hoy tengo el honor de ofrecer al público, sobre hechos usuales y corrientes, ni se narran en él sucesos que estemos avezados a presenciar todos los días. Tal vez por ello se le acuse de falso o inverosímil y se juzgue como un producto de la fantasía lejano de toda realidad... Tengo la presunción de creer que aunque MARTA Y MARIA no sea una novela bella, es una novela realista. Sé que el realismo —actualmente llamado naturalismo—tiene muchos adeptos inconscientes, quienes suponen que sólo existe la verdad en los hechos vulgares de la existencia y que sólo estos son los que deben ser traducidos al arte. Por fortuna no es así. Fuera de los mercados, los desvanes y las alcantarillas existe también la verdad. El mismo apostol del naturalismo, Emilio Zola, lo reconoce pintando escenas de acabada y sublime poesía, que riñen ciertamente con sus exageradas teorías estéticas».

(16) A propósito de LA ESPUMA y de LA FE, escribe Andrés González Blanco en su obra citada: (pág. 532) «Son las novelas más naturalistas, no solo en el sentido de más prolijas en las descripciones, más osadas en los procedimientos, sino especialmente por su concepto de más afrancesadas, como que pudiera firmarlas sin empacho un escritor francés cualquiera, según advirtió no sé quién. En estas novelas es donde más se ve también el esfuerzo tenaz que distingue al naturalista».

En qué sentido pueden considerarse novelas francesas? En cuanto al procedi-

miento descriptivo al que alude González Blanco, no creo que el de LA ESPUMA sea más prolijo que el de EL SEÑORITO ÓCTAVIO, en la primera edición, que luego corrigió el novelista, y no se ha tildado de novela naturalista. La apostilla: «Sin pensamiento trascendental», indica bien a las claras el propósito del novelista de rehuir toda posible clasificación. LA ESPUMA tiene muchos rasgos naturalistas, pero no están en las descripciones, sino en el vocabulario y en la forma de la narración. En cambio LA FE, nos sugiere más paralelo con las novelas que describen «escenas de la vida de provincias», a la manera que Flaubert. El término naturalismo va convirtiéndose en algo que a fuerza de querer decir mucho no dice nada. Que el tipo de hidalgo descreído puede darse en la novela francesa? Bien, ¿pero es suficiente para tachar una obra de afrancesada? Es Zola capaz de pintar un tipo como el del P. Gil?

(17) Por el interés que tiene la carta, la reproduzco íntegramente:

«Señor don Maximiliano Arboleya:

Mi querido amigo: Ayala me envió sus cuartillas. Hoy le escribo. Le digo que personalmente no pueden molestarme, pero que no han sido oportunas.

Me dice que usted y otros hablan de mi *conversión*. Le digo que eso no es posible porque yo jamás he dejado de ser cristiano teórico, y le cito mi semblanza de Galdós escrita a los 24 años. Si me he burlado en MARTA Y MARIA del falso misticismo y en LA FE de los curas malévolos, sensuales e intrigantes, lo mismo han hecho muchos doctores y muchos santos que la Iglesia venera.

Le cito los sermones del P. Cabrera que el P. Mir acaba de publicar. Lo mío es agua de malva comparado con aquello. En fin, en su día sabré defender mis obras tachadas, que lejos de haber hecho daño a la fe cristiana, creo que pueden contribuir a robustecerla depurándola

Yo le ruego que no hostigue más a Pérez de Ayala. Es muy joven, y tiene talento; y pasados los ímpetus centrífugos que en la juventud nos arrastran a unos prácticamente como a mí, a otros práctica y teóricamente, no es difícil que escriba en otro sentido más sano y más noble.

Disponga siempre de su amigo y compañero afectísimo. A. Palacio Valdés.

El propósito de justificación es persistente en Palacio Valdés. En la «Declaración del autor», puesta al frente de las ediciones posteriores a la primera de La FE, escribe: «Mis Narcisos, y Joaquines son los herederos directos de estos otros sacerdotes. Innecesario es que me defienda de haberlos pintado, tanto menos cuanto a su lado he presentado otros tipos bien altos de elevación moral y caridad cristiana, en las personas del P. Gil, el P. Norberto y el Obispo de Lancia». Y en su obra póstuma, ALBUM DE UN VIEJO, y en capítulo «Aurora», dice aludiendo a MARTA Y MARIA: «En mi juventud escribí una novela con pinturas referentes al misticismo. Esta novela fué atacada por algunas personas piadosas y por otras más sectarias que piadosas. En posteriores ediciones puse al frente una aclaración manifestando que no fué mi entención combatir, ni menos burlarme, del verdadero misticismo, sino de aquel otro falso y de imitación, como la de Cervantes no fué hacer mofa del heroismo en su QUIJOTE. Nada tengo que añadir».

(18) En TRISTAN O EL PESIMISMO, ha contrapuesto Palacio Valdés dos

caractéres, dos mundos irreductibles: el optimista y el pesimista. El hombre optimista, todo bondad, abnegación y hombría a la vez; el pesimista todo odio, rencor, mezquindad. Pero como si se arrepintiera de sus retratos, suaviza los trazos. Tristán Aldama da la impresión de un enfermo. Su pesimismo es patológico. Por esto el autor se compadece de él y le hace capaz de algún sentimiento noble: no le niega ni el talento ni el valor. Solo parece censurarle—como dice el crítico R. D. Péres—porque «tiene el alma llena de demonios». El novelista siente lástima de su personaje y le hace prorrumpir en un grito de impotencia trágica que nos refleja la complejidad espiritual del héroe: «Aborrezco a los hombres y quisiera amarlos. Quisiera amarlos como me amo a mi mismo cuando tu me miras, Clara de mi alma. Aquí dentro hay algo bueno, algo santo, pero el sagrario en que se encierra no está guardado por ángeles sino por diablos». Escenas como la de la reconciliación de los dos esposos, la visita de la adúltera Elena a su cuñada Clara, y las conversaciones de Reinoso con Tristán, son buena prueba de la altura de miras del novelista.

(19) Vid. Palacio Valdés: TRISTAN O EL PESIMISMO. Cap. XVI.

(20) Vid. ¡P. Francisco Blanco García: «La Literatura Española en el siglo XIX» Vol. II. Pág. 542. Madrid, 1903.

(21) Vid. Palacio Valdés. «La novela de un novelista». Cap. XII.

(22) Vid. Palacio Valdés: «La Alegría del Capitán Ribot». Cap. XVIII.

(23) Vid. «Epistolario a Clarín: Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés». Prólogo y notas de Adolfo Alas. Págs. 158-160. Ediciones ESCORIAL. Madrid, MCMXLI.

(24) Sobre este y otros aspectos de la vida y de la obra de Palacio Valdés, prepara la tesis doctoral mi querido amigo Luis Fernández Castañón, profesor de la Universidad de Oviedo. La abundantísima documentación de que dispone, ofrecida por varios amigos del novelista, y principalmente por sus nietas doña María Luisa y doña Julia, le permitirán aportar una de las más valiosas obras para el estudio del insigne novelista asturiano.

(25) Vid. Palacio Valdés: «Maximina». Cap. XXXI.

(26) Vid. «El Carbayón» de fecha 13 de marzo de 1906. Reproducción del artículo que con el título de «Tristán o el Pesimismo», publicó el P. Graciano Martínez, O. S. A. en la revista «España y América», de la que era Director.

(27) Con motivo del homenaje que la juventud universitaria ovetense tributó a Palacio Valdés, en abril de 1906, y al que nos hemos referido a lo largo del presente artículo, el novelista envió el párrafo transcrito, que decía ser de «las memorias inéditas de don César de las Matas de Arbín». Lo he tomado de el periódico de Oviedo, «El Carbayón», fecha 5 de abril de 1906.

(28) De un artículo de don Maximiliano Arboleya, publicado en «El Carbayón», con el título de «La obra de Palacio Valdés».

(29) Vid. Palacio Valdés: «Tristán o el Pesimismo». Cap. V.

(30) Vid. Palacio Valdés: «Tristán o el Pesimismo». Cap. XVI.

(31) De un artículo aparecido en «El Carbayón», correspondiente al 11 de febrero de 1911, con el título de «Una obra intensa: Papeles del Doctor Angéli-

co», firmado por Maravillas, seudónimo periodístico de don Maximiliano Arboleya.

(32) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Las leyes inmutables».

(33) En su «Testamento literario», y en el capítulo «La Estética», escribe: «En general, todo predominio enérgico y exclusivo de una pasión individual arrastra consigo la catástrofe como medio de restablecer el equilibrio y el respeto de la ley moral».

(34) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Terapéutica del odio«.

(35) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Experiencias y efusiones».

(36) Vid. Palacio Valdés: »Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe «Experiencias y efusiones».

(37) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Experiencias y efusiones».

(38) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Experiencias y efusiones».

(39) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Experiencias y efusiones».

(40) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «Inteligencia y amor».

(41) Vid. Palacio Valdés: «Papeles del Doctor Angélico». Epígrafe: «La procesión de los santos».

(42) Vid. Rafael Narbona: «Palacio Valdés o la Armonía». Pág. 193. Madrid, Victoriano Suárez, año 1941.

(43) Vid. Palacio Valdés: «La guerra injusta». Cap. 1.º. «La decisión de Francia. «Cartas de un español». Bloud et Gay. Editores, 1917.

(44) Vid. Palacio Valdés: «Album de un viejo». Epígrafe: «Opiniones imparciales»

(45) Vid. Palacio Valdés: «Album de un viejo». Epígrafe: «Apariencia y realidad».

(46) Vid. Palacio Valdés: «Album de un viejo». Epígrafe: «Himeneo».

(47) Carta a José M.ª González. Cap. Breton. 4 de agosto de 1930.

(48) El mismo episodio lo referirá en una carta de fecha 11 de julio de 1915, dirigida a doña Trinidad Jove, de Laviana.

(49) Vid. Palacio Valdés: «Confidencia preliminar« de PAGINAS ESCOGIDAS. Pág. 18. (Mayo de 1917). Madrid, Saturnino Calleja, 1925.

(50) Vid. Palacio Valdés: «La guerra injusta». Edic. cit. Epígrafe: «El ahorro francés».

El traductor de Palacio Valdés, Shówerman, escribe: «La cualidad que hace de este poeta realista gran artista es una de las menos corrientes y cuya ausencia es más de lamentar: la sencillísima cualidad de la justa medida».

Después de lo que he dicho sobre el momento en que se produce el proceso

de espiritualización de Palacio Valdés, que he situado entre los años que van de la publicación de LOS MAJOS DE CADIZ a la de la ALEGRIA DEL CAPITAN RIBOT, solo quiero añadir una simple conjetura. No pudo influir en la espiritualización de Palacio Valdés la crisis española del año 1898? Mi amigo Luis Fernández Castañón ha tenido la gentileza de facilitarme unas cartas cruzadas entre el novelista asturiano y su traductor norteamericano Guillermo H. Bishop a raiz de la pérdida de Cuba, en las cuales ambos escritores analizan las causas de la guerra y la psicología de sus respectivos pueblos. Mucho me complacería que el señor Castañón tratara este asunto que juzgo de sumo interés para el conocimiento del insigne novelista asturiano.